



EN BUSCA DEL TESORO 3ºESO

Travesía (1). En busca de la felicidad DOCUMENTOS: Los grados de la felicidad.

El churrasco es uno de los platos más famosos de la comida brasileña. Consiste en un buen trozo de carne asada lentamente al carbón, después de una noche de remojo en una mezcla de vinagre, sal, y algunas hierbas y especias. Cuanto más tiempo pasa la carne en el remojo, tanto más se impregna del sabor de las especias. Todo depende del sabor que queramos.

Algo parecido pasa con la felicidad. Hay varios «grados de penetración». La felicidad puede ser algo superficial y pasajero, o puede penetrar hasta el corazón de nuestro ser. Tal vez mostrando los cuatro niveles básicos de felicidad podemos entender lo que significa esa palabra, según el contexto en el que se esté usando.

Primer grado: Disfrute

Todos hemos experimentado momentos de deleite, euforia, placer emocional. ¿Quién no se ha recostado plácidamente en la arena?, olvidando todos los problemas, para tomar el sol y «dejar que las cosas se arreglen solas». Estos sentimientos pueden provenir de muy diversas fuentes: un paseo en bicicleta, una hoguera con los amigos, la contemplación del cielo en una noche estrellada. También se pueden producir artificialmente, recurriendo, por ejemplo, a las drogas o al alcohol.

La famosa canción de «Simon and Garfunkel» The 59th Street Bridge Song, asume una actitud típica de los años sesenta que también puede ser atractiva para muchos de nosotros:

«Más despacio, vas muy de prisa,
tienes que hacer que dure la mañana,
pateando una piedra por la calle,
buscando diversión y sintiéndote estupendamente...
No tengo hazañas que realizar,
ni promesas que cumplir,
estoy cansado, soñoliento y listo para dormir,
deja que el amanecer deje caer sus pétalos sobre mí,
vida te amo, todo va estupendamente».

Ese «sentirse estupendamente» es una fuente muy superficial de felicidad, que poco tiene que ver con la realidad. Consiste simplemente en olvidar las preocupaciones, los compromisos, y refugiarse en sentimientos de falsa tranquilidad y libertad, como una balsa que se desliza suavemente sobre un río sereno. El «sentirse estupendamente» se puede entender de dos maneras: uno activo (la euforia), y otro pasivo (la despreocupación). Este tipo de felicidad ejerce su atracción sobre la capa más superficial de nuestro ser. Pasa por alto nuestras facultades superiores (la inteligencia y la voluntad) para ir directamente al nivel sensitivo de nuestra naturaleza: la imaginación, los sentidos externos y los sentimientos.

No está mal, desde luego, escapar de los problemas de vez en cuando para airearse, siempre que se usen medios lícitos, pero no debemos confundir estas «escapadas» con la verdadera felicidad. La experiencia nos enseña que la superficialidad suele desembocar en la insatisfacción.

Éste es el tipo de felicidad que prometen algunos cultos religiosos de moda, como el New Age, y la televisión de puro entretenimiento. Muchos canjean la posibilidad de una vida llena de significado por un caudal de sensaciones y experiencias superficiales. Al final, se quedan con el alma y con la mente marchitas y secas, como un mazo de flores agostadas. Éste no es el tipo de felicidad que satisface nuestros anhelos más profundos.

Segundo grado: Alegría

Hay días en los que uno se levanta «con el pie derecho». Todo sale a pedir de boca. El primer día de vacaciones, un aumento de sueldo, un premio de tres millones en la lotería... uno se siente dueño del mundo. Son grandes momentos, pero pocos en la vida y muy distanciados unos de otros.

La alegría y el gozo son muy parecidos; a veces no se pueden distinguir. Sin embargo, hay entre ellos tres diferencias notables: 1. La alegría puede ser ilusoria, mientras que el gozo es siempre auténtico. 2. La alegría es transitoria, mientras que el gozo es permanente. 3. La alegría sigue siendo, esencialmente, un sentimiento, mientras que el gozo es un estado habitual, un modo de ser.

San Agustín distingue muy bien entre la alegría y el gozo. Para él, el gozo es «la alegría en la verdad»; la alegría puede ser provocada por una causa buena o mala, mientras que el gozo siempre es fruto del bien (porque es en la verdad). Uno puede sentir alegría al pecar. Un esposo adúltero puede sentirse «alegre» cuando se encuentra con su amante en una cita clandestina. Un atracador de bancos puede sentir «alegría» cuando logra un golpe perfecto, dejando a la policía totalmente confundida. Hay una alegría buena (que brota de las cosas buenas) y una alegría perversa (que brota de las cosas malas).

Quien peca puede sentir alegría, pero no gozo. El pecado es una forma de mentira; el gozo se funda en la verdad.

Tercer grado: Paz

La paz es el tercer grado de felicidad. Consiste en la ausencia de conflictos, divisiones y de todo aquello que pueda perturbarnos o inquietarnos. Como uno de esos lagos cristalinos en una tarde de agosto, la paz es tranquilidad, serenidad, calma interior. La paz es ausencia de temores, angustias, dolores o lágrimas; la paz es reposo después del tráfico del día, serenidad después de las prisas, tranquilidad después de reconocer los fallos cometidos; la paz es eso que se experimenta cuando al final todo se arregla.

La verdadera paz sólo la disfrutaremos en el cielo, meta final de nuestro maratón terreno. Sólo allí todo será «perfecto»; sólo allí se secarán las lágrimas para siempre; sólo allí las heridas sanarán, desaparecerán las divisiones y cesarán las preocupaciones.

Aquí, en la tierra, percibimos sólo reflejos de esa paz, al menos los indispensables para darnos cuenta de que la anhelamos con todo nuestro corazón y con toda nuestra alma.

Podríamos decir, incluso, que la paz y la felicidad son la misma cosa. De hecho, en la Sagrada Escritura se entiende la paz no sólo como la ausencia de todo mal, sino también como la presencia de todo bien. Para el hombre de nuestro tiempo, la paz se asocia normalmente con el reposo y la liberación de todo esfuerzo. En este sentido, la paz es necesaria para la felicidad, pero no es la felicidad en sí misma. La felicidad es un bien real, y no sólo la ausencia de otra cosa.

Tal vez los jóvenes tienen razón al no aceptar fácilmente que la paz se identifica, sin más, con la felicidad auténtica, pues les parece insípida, que no satisface. Ellos quieren acción, aventuras; les gusta soñar, planear,

descubrir, en una palabra: vivir. La felicidad es vida. Por eso rechazan esa caricatura que algunos pintan de lo que nos espera en el cielo. Les repugna el tedio y la monotonía de un cielo de descanso, de contemplación, de coros celestiales que cantan salmos repetitivos una y otra vez...

Teniendo esto presente, hay que dar un paso más para descubrir la verdadera naturaleza de la felicidad: el gozo.

Cuarto grado: Gozo

Boecio, uno de los más grandes filósofos cristianos, describe la felicidad como «el bien que, una vez alcanzado, no deja espacio para desear otra cosa. Es la perfección de todos los bienes y contiene en sí todo lo que es bueno». Más adelante añade: «La felicidad es el estado perfecto por la posesión de todo lo que es bueno». Esta es la verdadera y perfecta felicidad. Esto es lo que en realidad anhelamos. El gozo consiste en poseer y disfrutar el bien, y esto sólo es posible plenamente en el cielo, donde el gozo se convierte en «beatitud», es decir, en posesión y disfrute de la Bondad Suma.

Ya se ve por qué resulta insuficiente ese concepto, demasiado infantil, que a veces tenemos del cielo. El cielo no es sólo la ausencia de problemas o de dolor, sino la presencia de todo bien. Jesucristo no habla del cielo como si consistiese en estar sentados sobre las nubes, tocando el arpa todo el día. Las imágenes que utiliza se refieren a banquetes, fiestas, bodas..., algo más atractivo, ciertamente, que una serie de ejercicios para arpa.

A San Pablo se le encadena literalmente la lengua cuando trata de describir el cielo y termina por decirnos, que «ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni el hombre pudo imaginar lo que Dios tiene preparado para aquéllos que le aman» (I Cor. 2, 9).

La felicidad no consiste en tener todo lo que uno quiere. No siempre queremos lo que nos puede hacer felices. El que es alcohólico querrá siempre un vaso con whiskey; el que es misántropo, querrá estar siempre solo; el que es dictador querrá siempre controlar a cuantos habitan la faz de la tierra. Para ser felices, necesitamos no sólo poseer lo que queremos, sino aprender a querer lo que es bueno.

Una cosa es saber lo que se quiere y otra, cómo alcanzarlo. Todos los hombres suspiran por sus sueños en la vida; y, sin embargo, muy pocos los realizan. Cuando un niño visita la tienda de animales y se obsesiona por una lagartija, que a él le parece particularmente atractiva, tiene que ingeniárselas para convencer a mamá de que aquel lagarto en miniatura tiene mucho que ofrecer a la familia. Saber lo que queremos es el primer paso, pero después viene el problema de cómo conseguirlo.

No basta decidir, de un momento a otro, que uno quiere ser feliz. La felicidad no es una actividad, como patinar sobre hielo o ir de compras al centro comercial. Ni siquiera es algo que podemos producir a fuerza de quererlo. La felicidad es un estado, una manera de vivir. Es más, un efecto que una tarea, más una consecuencia que un proyecto.